

Ike, recibidor de corazón



“En el plazo de 24 horas de mi trasplante, fui de 57 años con paro cardíaco congestivo a un hombre con un corazón perfectamente sano. Mientras estaba en la cama del hospital, sonreía porque tenía una vida delante de mí. Ya no tengo que preocuparme sobre morirme.”

Historia de Ike

En alguna parte ahí fuera, hay una familia que salvo mi vida. Y nunca he podido realmente agradecerles.

Tenía 52 años cuando tuve mi primera cirugía Bypass de corazón. Todos esperábamos que fuera suficiente, pero había tenido más de un ataque del corazón, y había tomado su precio en mi cuerpo. Después de algunos años, me puse más enfermo. Los doctores me dijeron que no viviría sin un trasplante de corazón. Mis arterias estaban cerradas otra vez, y el músculo del corazón estaba dañado de los previos ataques de corazón, y no podía bombear bastante sangre.

Ahí es cuando la espera comenzó.

Mi esposa, Linda, y yo, nos mudamos de Mesquite, Nevada a Tucson, para que pudiera estar cerca del centro médico de la Universidad de Arizona por si llegaba un corazón. No sabía cuánto tiempo podría ser la espera, pero cuando los días se convirtieron en semanas y en meses, comencé a perder la esperanza.

Mientras esperaba en mi apartamento en Tucson, sentía como perdía toda esperanza. Había sido más que un año desde que me pusieron en la lista del trasplante de corazón, más que un año desde que me forzaron a moverme lejos del hogar que amaba. Estaba cansado de esperar. Quería regresar a casa.

Físicamente, me sentía bastante bien, pero estaba sin paciencia. Solo quería aceptar el tiempo que me quedaba de vida y disfrutar lo máximo de él. Podría tener una vida completa, dos hijas, una esposa que adoraba. Muchísimo golf que jugar.

Linda intentaba animarme, intentaba recordarme todas las buenas cosas que llegarían. Mi primer nieto estaba a punto de nacer, y mis hijas empezaban a establecer sus vidas como adultos. Sabía que tenía mucho por lo que vivir, pero me sentía como si fuera un preso, detenido por el artefacto que tenía que llevar cada momento del día. Era mi conexión a la vida, pero nunca hizo ruido.



Nunca hizo ruido, hasta un año y tres meses después del día que lo recibí. Era un día normal, de verdad. Linda y yo estábamos listos para ir a dormir. Cuando finalmente se apagó el beeper, estaba más asustado de lo que nunca había estado antes.

En el plazo de 24 horas, fui de 57 años con paro cardíaco congestivo a un hombre con un corazón perfectamente sano. Mientras estaba en la cama del hospital, sabía que mi recuperación no había terminado, pero sonreía porque tenía una vida por delante. No tenía que preocuparme más de morirme.

No sé nada sobre mi donante, pero desearía saberlo. A menudo bromeo que debo haber conseguido el corazón de una muchacha - es la única cosa que explica mi nuevo amor por comprar zapatos y el yogur. Desearía poder darle las gracias a la familia que me dio vida, a la familia que me dio la oportunidad de golpear otro agujero en uno, ver a mi primer nieto, y un segundo, ver a mis hijas crecer. Escribí a la familia

del donante una carta, y espero que la recibieran. Pero puesto que no puedo mirarlos a los ojos y demostrar mi gratitud, la mejor manera para decir gracias es apreciar la vida cada día. Y eso es lo que hago. Para mí, apreciar la vida no significa hacer viajes en cruceros a España. Es más simple que eso. Quiero jugar golf en cada estado del país - 30 hechos, 20 por hacer. Toda esa práctica ha sido recompensada, porque en el 2006, gané la medalla de oro en golf en los juegos del trasplante en Kentucky.

Linda y yo nos llamamos los “vagabundos felices,” puesto que pasamos muchísimo tiempo explorando en nuestro RV. Hago más voluntariado en estos días - es mi tentativa silenciosa de dar algo a cambio. Y paso el tiempo máximo que puedo con mi familia.

No necesito mucho más que eso. Quiero despertar cada día y dar gracias por darme una nueva oportunidad. Quiero apreciar la sensación de sentirme bien. Quiero sentirlo en mi corazón.

Para mí, eso es suficiente.